

Asientos de tiempo

Miguel Muñoz Martínez



Capítulo 1

Comienzo a ensalzar mi propio ego con palmaditas de espalda. Algo muy útil para apartar arañas.

Que si yo; que si si o que si no.

Equinocio de los treinta años.

¿Puedo ir al baño?

Pues claro señora.

Era mi adolescencia pasada de moda.

Y un buen día, caminando con un alquilado perro, tropiezo con nuestro banco del parque. Faltan algunos travesaños y es imposible sentarse.

Arañados en la madera se asoman dos nombres: Uno es de cal, y otro de arena.

¿Te acuerdas, morena?

Ya te dije que no nos volveríamos a ver.

Nos comparas con dos estrellas adictas a la botella y aun quedan trozos de ayer. Piso los mismos cristales. Son de colores marrones, son de verdes y otros ocres.

Te imagino con amores, otros fugaces o aun peores.

Es ese banco del parque que saluda sin palabras, que dibuja aéreas caras que siempre serán de aquel que vestía camisetas, que se hartaba de rabetas y estiraba la niñez.

Este sujeto ha cambiado. Prescinde del predicado e intenta sentirse bien.

Pero en el fondo sabemos que todo lo que perdemos no volverá a nacer. Puede que sea parecido; puede que si lo estiro quepan en un tarro de miel los besos en una playa; los juegos de batas blancas y el recuerdo de tu pelo, ese pelo muy moreno acariciando mi tez.

Ahora sonrío y miro el extraradio tardío del crepúsculo que una vez fue tan nuestro como el desvío, tan fresco como el rocío y tan reacio a leer las señales de la hecatombe. Andar velando horizontes sin querer saber

que despues no volverias la mirada. No querrias saber "na de nada" y me dejarias por él.